

ted, Felipito Nero. . . . Responda usted Sr. Lucca, responda usted: se trata de comprobar la validez de una partida de matrimonio, que un abogado considera falsa. . . . Esto, primero; después hablaremos de otro asunto, también importante. Le escucho á usted, señor Lucca.

Espació intencionalmente las sílabas del apellido, y Fortunato, agobiado, cadavérico, no chistó. Al mismo tiempo retumbó en las alturas un espantoso trueno, como si el cielo se hundiera y se descuajara la casa. . . .

Horrible estruendo que estremeció el Caballito entero, y en la vecina de Cadenas hizo desprender de su clavo el retrato de D. Jorge sobre la legión de poetas que presidía, volar el enjambre de vocablos que en preparación tenía Jorgito y apagó la escandalera que cierta carta levantara al pasar de manas de Evangelina á las de Agueda y de las de ésta á las de Dolorcitas, sin el correspondiente permiso de la respetable viuda.

La tormenta había estallado.



VII

Cuando sonó aquel tronitoso estampido, releía Pantaleona en su prisión, sentada delante del tocador, la epístola siguiente del primo Nepomuceno:

«Mayores novedades y más sorprendentes que las de tus últimas cartas, podría yo referirte, Leoncita querida de mi vida, si los debidos respetos me lo consintieran; porque son de tal naturaleza las que casualmente he obtenido en la ferreteria de Barbarossa, que te sacarian la vergüenza á la cara y muchas lágrimas á los ojos: basta que sepas que, gracias á este descubrimiento, quedará despejada la situación bochornosa que nos ha traído la locura de nuestra desgraciada Jerónima. Sin embargo, ¿á qué ocultarlo? le temo á Jerónima, y no sé si podremos triunfar, sin ruido, de su ciega condescendencia.

«Figúrate, Leoncita impaciente, que se trata de que yo vea á Jerónima y la ponga en autos de hecho tan extraordinario, que estallará su cólera en seguida. Te juro que, á pesar de todo, iré al Caballito mañana mismo, por el honor de la familia y los fueros de la justicia; haré de tripas corazón, arrojando el geniazo de mi pobre prima. . . . ¡Ah, cuando la entere y se dé cuenta de todo! ¡Aún me dura á sí el efecto de la confianza de aquellos dos truhanes de la ferreteria! . . .

«Dime las horas de entrada y salida del pájaro italiano: es preciso y conveniente, por mil razones, que yo no me tropiece con él; ante todo, hay que evitar más historias, y yo no quiero voces ni disputas: cumplido mi penoso deber, que se arregle Jerónima como mejor le parezca... Sea este arreglo bueno ó malo, no creo equivocarme al asegurar que el italiano tendrá forzosamente que levantar el campo; porque Jerónima será maniática, y en este desdichado asunto habrá demostrado poco juicio y ni sentido común si quieres, pero es de rectas intenciones, y aunque hayas tú visto cosas que parecen reñidas con la decencia, debes disculparla: alguna razón oculta las justificaría, que ella no podía confíarte. Jerónima es honrada, á despecho de las apariencias, y debes amarla y respetarla, Leoncita, créemelo á mí, á tu viejo primo, que, casi, casi, es tu padre. Yo también la he acusado y juzgado mal; ahora la compadezco y no la reprocho sino su inexcusable debilidad. ¡Desgraciada Jerónima!

«Pronto, pues, saldrás de la cárcel en que te encerró tu ofendida dignidad, y de la que no te he sacado antes, ya sabes... por eso.

«Dos noticias para concluir: que tu exJorgito vino á verme el domingo, no sé con qué pretexto, y castigué su audacia mandándole á paseo después de cruzarle la cara con esta frase: «Celebro muchísimo el rompimiento, y crea usted que me ha proporcionado la más grande y franca alegría, porque un tipejo de su calaña, no se merecía la joya de nuestra Leona...» Y es la verdad; hija, ¡qué alegría, qué regocijo inmenso! Para haraganes en casa, que todo lo esperan del Estado, basta y sobra conmigo. Soy modesto y lo confieso. La otra noticia es esta: que, según carta de Catamarca, fecha del sábado, está Socorro en las últimas.... Todavía hay justicia, Leoncita...»

Atolondrada quedó Pantaleona de las incoherencias y tapujos de la carta de Montreal, y cuanto más la releía, menos sentido la desentrañaba: ¿qué descubrimiento sería ese

de la ferretería? La honradez de misia Jeromita y las cosas vistas *reñidas con la decencia*, no pegan, á la verdad, ni con cola... Estos y todos los párrafos de la carta misteriosa, enhebrados sin lógica, la confundieron penosamente. Mientras volcaban las nubes sus cantaradas de agua, estremeciendo la puerta el viento, se afanaba por descifrar la joven el enigma de Montreal... Estaba muy flaca, los disgustos y el encierro habían apagado sus hermosos colores y acentuado sus ojeras azuladas; envuelta en un mantón de lana, recogida en la butaca, tiritaba de frío, bajo la llamita del gas, único fuego que las preocupaciones y la costumbre consentían en la alcoba.

De pronto, ayudado por Aurora, que traía el servicio, abrió el aire la puerta con grosería, intentó apagar la luz dió un beso helado á Pantaleona, alborotó sus rizos y le arrebató la carta, que, volando, se elevó hasta el techo y abatió sus blancas alas sobre el pico del gas, perciendo abrasada con todos sus misterios... Gritó la mulata, y Pantaleona corrió á arrojar fuera al intruso, que continuó dando golpes contra la puerta cerrada.

—¿Ha oído usted, niña—dijo Aurora temerosamente.— El trueno ha reventado en el dormitorio de la señora.... ¿Oye usted? Es con el señor.

Se escuchaba, en efecto, rumor de disputa; pero la joven, que no soltaba á la espía palabra utilizable para sus tenebrosos mensajes, se limitó á aligerarla del servicio, poniendo sobre un velador el plato de sopa, el filete, el asado, el postre, la botella de vino, el pan... Quitó luego el anillo de hueso á la servilleta, y, sentándose, la puso debajo de su barbilla. Comprendió Aurora que no estaba el ama para conversaciones, y se largó á la cocina, refunfuñando.

Pantaleona sumergió la cuchara en el plato de sopa, con evi lento desgano. ¡Sí, disputaban! La voz de misia Jeromita traspasaba los tabiques, y, dominando á la tormenta, llenaba la casa como clarín de guerra: largos parlamen-

tos sostenidos en el mismo tono agudo, que apenas terminaban, sin dar tiempo á la réplica, empezaban de nuevo forzando el diapason; entre uno y otro, apenas lograba la vocecita de Fortunato intercalar una piada tímida, que súbitamente sofocaba la señora. Mas ni una sola frase que diera idea del motivo del alboroto podía atrapar; y Pantaleona, asustada, abandonó la cuchara en el plato, renovándose la lucha interna que en dos meses de cavilaciones la había extenuado: ¿quien era aquel hombre? ¿cómo debía juzgar lo que veía y lo que oía? Monreal, el bondadoso primo, apartado de la casa por la misma razón que á ella, falta de mejor recurso, la confinó en el fondo de su alcoba, acababa de proclamar la honradez y buena intención de misia Jeromita... ¡Extraño misterio! El filete se enfriaba, cuajándose la olorosa salsa en que aparecía bañado, y la joven, empuñados tenedor y cuchillo, se distraía con el bullicio de la contienda doméstica.

Sonó un portazo, y por la vereda de ladrillo, bajo la lluvia, pasó Fortunato de prisa; y á poco, en el comedor, el arrastrar de sillas y repiquetear de cubiertos anunciaron á Pantaleona que el enemigo se apercibía á comer filosóficamente. ¿Sólo? ¡Ah! Por desgracia, el tapón de papel que cerraba el ojo de la llave, tan lindamente descubierto á horquillazos, había sido reemplazado por duro yeso, imposible de desalojar... Pero ahora incitaba muy poco la curiosidad á Pantaleona, preocupada con el anunciado desenlace de una situación ya tan grave, que cuanto ocurrir pudiera serviría para el estallido de la mina. A pesar de los dos meses de desesperada resistencia que había llevado con fatiga, amenazada, sitiada, befada de mil maneras herida, en sus amores inocentes y en su felicidad, comprometidas su salud y su buena fama, estaba dispuesta á perdonar á la hermana, á disculparla también, á creer que todo lo sucedido, por singular (no quería calificarlo con término más apropiado) por singular que la pareciese, fué pesadilla suya y caprichosa fantasía: es decir, que allí no

había pasado nada, según lo insinuaba Monreal en la carta enigmática; y aunque esto la costara muchos reparos y sacrificio de su [dignidad, de buen grado lo acataría siempre que el extranjero, cuyos esfuerzos por congraciarse con ella en la dolorosa temporada rechazó desdeñosamente, saliera de la casa.

Solo comía, sin duda, porque no se escuchaba más voz que la suya. Y al cabo sintió que se retiraba á su cuartel tarareando una de esas cancioncitas pegadizas de su repertorio, que la alteraban los nervios; luego, nada más que el ruido del fregoteo de Aurora en la cocina, los azotes de la lluvia en las paredes.

A las nueve vino Aurora á recoger el servicio y anunció «que la señora no había comido, del disgusto, pero que el señor se puso á reventar, como si tal cosa.» La despidió Pantaleona, y junto al cristal quedó mirando al embalsamado jardincito, cómo doblegada el viento á los raquíllicos arbustos, chapuzándose en el lodo á su sabor, errancándoles las hojas y maltratándoles cobardemente, y cómo se erguían ellos de nuevo y hacían frente al adversario, que otra vez les tumbaba para que volvieran á enderezarse, valiéndoles de escudo su insolente debilidad; el molino de Blumen daba volteretas rapidísimas, con lúgubre trepidar de su elevada armadura, y los giros de sus aspas blancas y rojas, en la obscuridad, fingían un ojo inmenso de algún gigante colocado allí de centinela. El agua caía en gruesos chorros, abundantísima, con la rabia y la violencia de una catarata desbordada; en la calle formaba arroyo tumultuoso, anegaba el jardín y amenazaba inundar la habitación... A poco, resbalando en el umbral, se deslizó mansamente por las juntas bajas de la puerta y la joven acudió con paños para contenerla, retorcidos y apretados de suerte que formaran dique; al mismo tiempo, y mientras en la puerta se atajaba la invasión, por el techo, revestido de simple lienzo blanqueado, se colaba también el agua, que en tres puntos á la vez comenzó á dejar caer goteras co-

pícasas; aquí fué el correr de Pantaleona, con cubos y otros recipientes, ó ya apartando muebles y enjugando la alfombra, porque, mojado el dique de trapo, los delgados arroyuelos la salaban lastimosamente y se extendían á capricho; reforzó la valla primero, y con mil fatigas logró arrastrar hasta el centro de la habitación la pesada cama de bronce, cuyo inundado baldaquin dió en gotear sobre la colcha de seda. Más llovía dentro que en una mala tienda de campaña; de los bordes del cielo raso caían las chorreras libremente, y el lienzo quedó al cabo tan preñado de líquido, que la reclusa pensó si se le desplomaría encima; había sacado las estampas de las paredes y cuantas bonitas chucherías las decoraban, vuelto las cortinas y los extremos de la alfombra, haciendo el menor ruido posible entre la acompañada música de los cántaros.

Sofocada, se sentó en el lecho, único sitio donde no podía humedecerse los pies, y miró con desconuelo la revuelta alcoba, sobre todo aquella amenazadora hinchazón de arriba, ubre repleta que el propio peso haría desgarrar y expandiría el naufragio el arca de su salvación... ¡Valiente noche! Así la pasaría, vigilante, bien despabilada, envuelta en el mantoncito protector, antes que pedir asilo á la hermana Jerónima. Afortunadamente, la fuerza de la lluvia menguaba por grados, y el temeroso desenfreno de la tormenta; en cambio, otros ruidos se percibieron, gritos confusos de animales, angustiados mullar de gatos y alertas del gallo con aleteos de susto en el corral. ¿Qué sería?

Pantaleona se calzó unos zuecos enormes, que la servían para andar por la huerta, se ciñó á las piernas la falda, se echó el mantón á la cabeza, encendió una linternita, cogió un paraguas y salió valientemente... Eran las diez: contándolas estaba el reloj del comedor, y aunque no llovía tanto, la joven hubo de marchar con precaución chapoteando el agua del jardín, convertido en lago; sin duda, todas las habitaciones expuestas á la inclemencia, sin tejadillo de protección ó galería, debieron ser también inunda-

das: al menos, la cocina, donde Aurora olvidara un cabo encendido, aparecía con el agua al nivel del fogón y flotando cacerolos, sartenes, y la fresquera como barca pronta á zozobrar. El patio interior era río, que no pudiendo desaguar por el atascado albañal, todo lo cubría y arrastraba; y aquel mullar de los gatos tenía por causa deplorable el que *Patitas Blancas* y *Barcino*, expulsados de la cocina, se habían refugiado en una rama de la higuera, donde no se hallaban á su gusto, mezclando sus quejas á las protestas de la muchedumbre gallinácea, hasta cuyas estacas llegaba la inundación. A la luz de la linterna vió Pantaleona los estragos del temporal: las hortalizas destrozadas, ahogados algunos conejos, que la corriente se llevaba, entre otros objetos, con un cajón en el cual una clueca y sus polluelos náufragos imploraban auxilio con toda la fuerza de sus picos aterrados.

¡Ah! No á humo de pajas dieron *Barcino* y el rey del gallinero sus voces de alarma. Costó á la compasiva muchacha Dios y ayuda el difícil salvataje: abandonado el paraguas, que la servía más de estorbo que de defensa, colocó un grueso madero entre la higuera y el sotechado del corral, á modo de puente, que los mininos apresuráronse á cruzar, tieso el rabo y espeluzados de susto, yendo á refugiarse en seguro recoveco; abrió luego Pantaleona la puercecilla del gallinero, porque las aguas tuvieran más ancha salida, y las mismas aves en caso de peligro, y con un garfio de hierro pescó la cesta de aquellos nuevos Moisés, muchos de los cuales, empapado el amarillo plumón y ateridos, estaban á punto de fenecer miserablemente. No se mostró la faraónica princesa más tierna y conmovida en paso semejante, que Pantaleona al recoger y dar calor en su seno á los inocentes bichos, enjugándoles con cuidado, oreándoles con su aliento, mientras la clueca, debajo del delantal, roncaba, desconfiada...

A todo esto, el siniestro concierto de la tempestad y un frío intenso reinaban en el contorno; ni la misma Aurora,

cuya habitación daba á la huerta, habia sentido nada que pudiera enterarla de las proezas de la valerosa niña. Ni Aurora ni nadie... es decir, ¿nadie? Cuando Pantaleona volvía camino de su alcoba, la luz del cuarto de Fortunato se apagó de pronto y giró el picaporte. Apenas tuvo ella tiempo de esconder la linterna y pegarse al muro. Sigilosamente salió Fortunato, avanzó por la vereda de ladrillo, tanteando las paredes para guiarse, avanzó un poco, avanzó más... ¿A dónde iba? ¿A la calle? Misia Jeromita guardaba la llave, y de la casa no podía salirse sin su permiso. ¡A la calle, á tales horas! Echose á temblar Pantaleona, no sabia si de emoción ó de frío. Entre tanto, Fortunato habia llegado á la puerta de misia Jeromita, la empujaba, daba en ella discreto repique de nudillos. La angustia y el asombro de Pantaleona subieron de punto. ¡Qué audacia! El infame... Seguramente la hermana no le abriría, no le abriría... Y misia Jeromita le abrió, con sigilo igual al suyo; cerrose la puerta y reinó de nuevo el silencio.

—¡Dios mío!—murmuró Pantaleona estupefacta—¿estaré yo soñando? Y si es cierto lo que acabo de ver, debo seguir creyendo, como lo ha dispuesto Nepomuceno, en la virtud de Jerónima?

Se refugió en su alcoba, acomodó á sus protegidos en sitio apropiado y caliente, se quitó los zuecos, se mudó de falda... Porque pensar en dormir, revuelto todo como estaba y convertida en un avispero su cabeza! con el gesto fruncido, echada á medias sobre el lecho, rumiaba aquello, el descubrimiento suyo, más importante, sin duda, y sorprendente que el de Don Nepomuceno. ¡Ay, el primo, de puro bueno era tonto de capirote. ¿Qué vuelta de hoja tenía el hecho de la introducción clandestina del extranjero en el cuarto de misia Jeromita á altas horas de la noche? A ver, que lo explicara el primo, que intentara disculparlo siquiera. Pretendían hacerla pasar por boba, hacerla colmulgar con ruedas de molino. Y la culpa era de su débil pasividad, de su protesta silenciosa, de su reclusión volun-

taria, estrategia verdaderamente infantil; bien que se habian burlado de ella. ¡Pues no! ¡Cambiaría de táctica, pondría por obra el primer disparate que se la ocurriera: ella no aguantaba aquello, no lo aguantaba!

Desgraciadamente, la ausencia de Sebastiana la privaba de un auxiliar importante; con Aurora no tenia confianza y podia venderla. Su cabecita empezó á forjar planes, muchos planes, tan desatinados los unos como los otros; cuando alguno se le venia á tierra, convencida ella misma de su inconsistencia, se mordía de ira los labios y apretaba sus menudos puños... Porque no queria aguantar más aquella abominación de su hermana; todo lo que el primo dispusiera menos eso; y en último y desesperado caso, se marcharía con lo puesto, le hablaría claro á Don Nepomuceno, y ayudada de él, ó sin su ayuda, se metería en un convento: sería Hermana de la Caridad; ¿qué mejor solución?

En esto le pareció que la disputa de la tarde se renovaba en el cuarto de misia Jeromita, pero sostenida por la voz de Fortunato, la que engrosaba el enojo de tal modo, que semejava otra que la suya; y si Pantaleona no le ve entrar, dudara quién gritaba así, con imperio tal y descomedia soberbia. No debía responder la señora cosa alguna, ó respondía con mansedumbre tan singular como la insolencia del florentino; y de pronto arreciaron los gritos, hubo carreras, abertura violenta de muebles y golpes de los mismos al ser volteados, síntomas de lucha, que asustaron á Pantaleona; escurriose del lecho y pegó el oído á puerta.

Esta puerta daba á lo que ellas llamaban el *costurero*, y servíalas de salita de confianza y de labor; la alcoba de misia Jeromita era la pieza siguiente. Como el tumulto aumentara, Pantaleona decidióse á entrar en el costurero, y no acabó de entrar, cuando la herida voz de la hermana se elevó clamando socorro.

Como una fiera entonces, se abalanzó Pantaleona á la alcoba y cayó sobre Fortunato, á cuyos pies yacía la mal-

tratada señora... Empuñaba el ángel malo, en la cobarde diestra, un rollo inofensivo de papeles, con que amenazaba castigar, ó había castigado ya, la resistencia á sus abominables maquinaciones, y le desfiguraba la cólera sobre toda ponderación, mostrando el lugar de la escena señales de grande y desahogado combate: por el suelo, revuelta multitud de prendas y objetos que antes guardaba el armario, y una mano rabiosa había esparcido; el velador y dos butacas; patas arriba: destripada la cartera, y no pocas figurillas de porcelana en mil trizas, sobre el charco que la general inundación formara en mitad de aquel campo doméstico de Agramante.

Cayó, pues, Pantaleona sobre el enemigo, y le golpeó con ambas manos, abofeteándole muy á su gusto; le cogió luego por el cuello, y á empellones, que Fortunato no resistía, sin duda humillado de la pujanza criolla representada en aquel momento por tan valiente amazona, le arrojó fuera con violencia, derribándole de espaldas en el fangoso jardín. Echó seguidamente la llave, y acudió á levantar á la hermana, que no abría los ojos de dolor ó de vergüenza: la palpó ansiosa, de miedo de que el bárbaro la hubiese herido y se tñó los dedos en la sangre que le manaba de la frente, partida por el golpeazo, y la lavó, la vendó, la condujo hasta la cama, estimulándola afectuosamente, olvidada de los agravios y de las diferencias que las desunían.

No podía hablar misia Jeromita, y lloraba en silencio, teniendo entre las suyas la mano de Pantaleona; el cariño, si enfriado, jamás extinguido, la gratitud del auxilio oportuno, la sed de una explicación necesaria, de una disculpa que la devolviera algo del perdido aprecio, la hicieron incorporarse al cabo de muchos esfuerzos, y pronunciar con trabajo estas solas palabras:

—Leona, hija... ¡es mi marido!

—¡Tu marido!—repitió Pantaleona.

Como velo negro que se rasga de súbito y descubre no sospechados horizontes, todos los misterios de aquellos dos

meses, cuanto alarmó á la moral y fué piedra de escándalo y causa de ya irremediables sucesos, quedaba cumplidamente explicado, hasta la carta del primo Monreal en todas sus reconditeces y obscuridades, aparecía iluminada por la revelación... ¡Su marido! pero ¿por qué le ocultó entonces, por qué semejante tapujo con ella, su hermana, provocándola á pensar mal, á dudar? ... Estas preguntas se las dijo al oído, alegre de ver borrada la mancha que en el honor de los Pérez Orza creyó ella había estampado misia Jeromita, y tan desmayada estaba la hermana, que no habló más en buen rato, mientras Pantaleona se consumía en estériles preguntas:

—¿Por qué? ¿acaso era algún pecado? Pues peor me parece haberlo ocultado de esta manera.

—¿Por qué?—suspiró la dama infeliz...—¡La pensión! acuérdate de que sólo tengo derecho á ella permaneciendo soltera: si mi casamiento se divulga, nos quedábamos sin pensión, que es lo mismo que quedarnos sin pan. Una indiscreción tuya bastaba!... ¡Mejor fuera no haber caído, sí, y bien castigado estoy! ¿Has cerrado, Leona? ¡Qué no vuelva ese hombre!

—¡No volverá!—aseguró la joven, fulgurándole los ojos;

—Quería hacerme firmar la hipocata de la casa, y yo me negué, ¿cómo había de firmarla? Era perderla para tí, arrebatarte lo poco, lo único que he de dejarte á mi muerte. Antes me mata que consentir yo... ¡Y me mata, Leona, me mata, si no llegas á tiempo!

Se agitaba mucho con el recuerdo de la horrible escena, sin despegarse de la mano de Pantaleona, á quien, entre suspiros y ayes, pedía perdón de los malos ratos y del pésimo ejemplo que la había dado. ¡Ah! Su destino la tenía condenada á parecer lo que no era, prendida en revuelta madeja, que, si el mismo diablo la enmarañara, no lo fuera tanto ni más difícil de desenredar; con virtuosos principios; con intenciones excelentes, hubo siempre de extraviarse en descarriados senderos: mujer de ley, la violaba, contraban-

diste por necesidad... Nunca deseó una cosa, que, para alcanzarla, no tuviera que acudir á otros medios que los legítimos, puestos á la disposición de todos los demás. Eran sus compañeros de camino el engaño y la mentira, y aunque ella tirara hacia el buen lado, empujábanla ellos hacia el malo. ¡Fatalidad cruel, ó debilidad de ánimo; blandura de corazón excesiva, ó falta de tino para brujular en la vida!

Apenada, la rogó Pantaleona que se callase.

--Estás disparatando, Jerónima. ¿Qué crímenes son lo tuyos? Cualquiera diría que el fardo te oprime la conciencia...

No había de aprobar ella su matrimonio entre gallos y media noche; al contrario, lo reprobaba con todas sus fuerzas, y de haberlo podido impedir, lo impide. ¡Miren ustedes que la elección! ¡Un hombre que pasaría muy bien por su hijo! No volvía del pasmo que lo que acababa de confesarle la produjo. ¡Su marido...! Pero no era ese tan gran delito, que justificara cuanto decía... ¡Pobre Jerónima! Nada que perdonarla tenía. ¿De Jorgito, quién se acordaba ya? Era un mal caballero, y valía más conocerlo antes que después. Lo que había que pensar ahora era en volver por el buen nombre. ¿Cómo se arreglaba lo hecho, si no podía declararse la verdad? ¿Qué conducta seguir con ese señor Lucca, en vista de su indecente comportamiento de esta noche? Había que meditarlo bien. Que contara con ella; lo pasado, pasado. Ella era la misma de siempre, su Leona invariable, que si dudó de ella, hoy la devolvía su afecto, convencida de que era una excelente hermana... aunque un poquito débil y caprichosa también, pero, ¿quiéa es perfecto en el mundo, verdad?

--¡Ay, Leona!--exclamó sollozando misia Jeromita-- ven acá, bésame. ¡Cómo me consuela el oírte! y sin embargo, no sabes, no sabes... ¡Tu nobleza es mi mayor castigo! Dices bien: hay que meditar. ¿Cómo desenredamos es-

ta horrible madeja? ¡Leona, es preciso prevenir á Nepomuceno; que venga Nepomuceno!

--¡Si, sí; que venga mañana mismo!

--Mañana mismo. Vas tú y le traes. Nada de cartitas, que se pierden ó las roban.

--Pues Nepomuceno ya está enterado y mañana viene; pero, de todas maneras, iré yo á buscarle.

--¿Enterado de qué?

--De tu casamiento... supongo; porque hoy me ha escrito avisándome que en la ferretería de Barbarossa ha descubierto algo tan extraordinario, que cuando lo supieras te pondrias furiosa, algo que resolvería el conflicto en que estamos y apresuraria la marcha del otro... del señor Lucca.

--En la ferretería... Un descubrimiento, que apresurará su marcha...

Muy pálida repitió la señora dos ó tres veces estas palabras. La sospecha, que no logró desvanecer sino á medias las marrullerías florentinas, en la explicación tormentosa que precedió de algunas horas á la vía de hecho, resurgía en su espíritu como si en el mismo doctor Barba-do la despertase nuevamente. Porque, en realidad, Fortunato contestó á los cargos con excusas y *cuerpeadas* (que así llamaba ella al escurrir al bulto), y nada concreto sacó en limpio del interrogatorio, nada, nada... Creció la sospecha horrible y como negro fantasma se interpuso entre ella y Pantaleona, grande, gigantesco; creció, creció, hasta ocupar la habitación entera... Era capaz, muy capaz: ¡si había querido matarla! ¿Qué extraño fuera que falsificara la partida?

--Que venga Nepomuceno ¿eh? mañana... El nos explicará qué es eso de la ferretería... ¡No comprendo, no comprendo!

Tampoco lo comprendía Pantaleona, ahora menos que antes, y vióse de nuevo rodeada de tinieblas, apenas el recuerdo de las palabras del primo trajo el del suceso cuyo

descubrimiento fortuito sería motivo para que abandonara la casa del toscano. Esposo de su hermana, ¿quién podía arrojarle de ella? ¿Conocía Monreal esta calidad de esposo? ¿Mentía la hermana al atribuírsela?... Se abatió Pantaleona en una silla, al pie del lecho, y misia Jeromita, que no la sentía junto á sí, la llamó con lastimera insistencia.

—¡No te vayas, Leona! ¡No me desampares!

—Aquí estoy—contestó ella—estoy recogiendo y ordenando todo; ¿sabes cómo ha puesto el cuarto tu señor Luc-ca? Mira que entre él y la inundación.....

En efecto, por distraer su imaginación y evitarla el suplicio de nuevas cavilaciones, se entregó á la siempre para ella grata faena del mangoneo doméstico, y en un decir amén borró las señales de la batalla en que fué desairado protagonista el pícaro florentino; hecho lo cual, se sentó en la misma silla, después de examinar la descalabradura de misia Jeromita y dictaminar, con perfecto aplomo qu'etenia para dos días de árnica, sin ulteriores consecuencias... La señora la mandó que se acercara más, porque en estando ella á su lado veía todo más claro, como si fuera luz maravillosa...

—Si no lo haces, creeré que no me has perdonado mi mala conducta; sí, Leoncita, soy una vieja loca digna de que me encierren en un manicomio: en esto vendré á parar. Tengo la cabeza hecha tarumba. Se me ocurren disparates, distingo muchos fantasmas... El golpe no lo he sentido en la frente, sino en el alma, en el alma. ¿Con qué me pegó? Me parece qde con un palo; he visto un arma en su mano, una daga ó un puñal, no sé. Todo, porque pretendía quitarme la casa, esta casa que yo guardo para ti, Leoncita. ¡Ah, eso no, Jerónima Pérez Oza habrá perdido la chabeta, pero ¡no tanto que no le quede una ráfaga para defender los intereses de su hermana, de su... de su hija! ¡Leona, Leona, porque tú eres como si lo fueras: yo te he criado, yo te he educado, yo te he querido... como una hija, como una hija! Acércate, ¡no te veo! ¿Estaré yo ciega? Pe-

ro no me mires; tengo vergüenza de ti, del escándalo que he dado... ¡Qué habrás pensado de esta vieja! Peor de lo que mi debilidad merece. Porque, óyeme, entiéndelo bien: yo soy una víctima de las apariencias; las apariencias, que han influido en mi destino y gobernado toda mi vida... En esta casa todo es mentira y todo es verdad. Que venga Nepomuceno: él lo sabe, él lo ha descubierto..... Al otro se le obligará á confesar; pero, cierra bien, que no vuelva....

Le acometió luego grande desvario, en que mezclaba nombres y sucesos, conocidos unos, y otros desconocidos para Pantaleona, retazos de la nebulosa historia de su pasado: Catamarca, Don Tadeo, Don Jesús y Socorrito..... asociados á Barbarossa, á Nero y al padre Anselmo, vibrando sobre todos el de Fortunato, el ángel malo que la había partido el corazón de un solo golpe de su tajante espada. Asustose la joven de oirla desatinar así, y no se atrevía á llamar, de miedo que el otro, el enemigo, se colara, pues debía de estar acechando en el jardín la ocasión de veagar su hamillante derrota; y voltejeaba ansiosamente, buscando la tila, el azahar, el agua de Colonia....

Sus pasos estremecían á misia Jeromita, que clamaba:

—Leona, hija, ¿quién es? ¿vuelve? échale, échale.....¿O es el padre Anselmo? que entre, quiero preguntarle una cosa.... No le reconozco: trae la misma cara de aquel de casa de Nero, el de la risita....

Nada de lo que buscaba había en la alcoba, y Pantaleona decidió valientemente ir al comedor, donde pensaba encontraría el azahar en algú rincón del chinero; fué sin luz, á tientas, pero no bien llegó á su alcoba, la condenada puerta le recordó que era preciso salir al jardín para entrar en el comedor, y se volvió desolada: ¿llamaría á Aurora? Por fortuna, misia Jeromita se adormecía, presa de la fiebre, y á poco cesó el incoherente balbuceo.

Pantaleona se acurrucó en la silla, después de reducir la

lengüeta del gas y dejar la habitación sumida en la penumbra propia de enfermos y medilabundos. ¡Qué noche! Eran tan varias las emociones sufridas, que ella también se sentía febril, inquieta, llena la cabeza de pavorosos fantasmas; perdida en el laberinto de sus reflexiones, cuando creyó iluminado por la revelación de la hermana, más oscuro lo veía ahora, más oscuro, como si el telón hubiera caído de nuevo. Miraba á las ventanas deseosa de que apareciera la nueva luz y ahuyentara el alba la sombra de sus temores y de sus angustias; ¿faltaría mucho aún? El reloj del comedor no se oía: sólo se oía el bramar del viento, la voz potente del pampero, que limpiaba de nubes el cielo para que ella pudiera hacer su visita al primo Monreal sin mojarse los piecitos, y estuviera encendida la gran luminaria en celebración del fin de su cautiverio.

Debía faltar mucho aún. Y se desesperaba, porque el nuevo día traería la resolución de todos los problemas, rompecabezas en que se estrellaba la lógica. Don Nepomuceno se le figuraba con grande linterna alumbrando las profundidades del pozo donde, revueltos y enzarzados, hallábase los Pérez Orza de la catamarqueña familia y el ingerto florentino..... Misia Jeromita dormía. Tierna conmiseración se apoderó de Pantaleona al contemplarla así, aplanada, bajo su salvaguardia y cuidado, á la que en horas de rebeldía deseara males mayores para castigo de su culpa y de los que ésta la había acarreado injustamente; flaqueza y egoísmo de que se acusaba ahora, al retoñar de aquel cariño que ella no sabía cómo llamar, cariño filial sin duda, y de ahí la mezcla de celos y el odio contra el toscano. Era su hermana, pero de madre hizo siempre: no conoció otra, ni oyó hablar jamás de que otra hubiera tenido, ni en estampa siquiera se le reveló su fantástica figura, misterio este que la mágica linterna del primo nunca llegaría á descifrar quizá; era su hermana, pero sus sentimientos (menos en aquella aciaga temporada en que la influencia florentina nubló su razón) fueron sinceramente maternas, y si para

probar los recuerdos de tantos años de amorosos desvelos no estuvieran patentes, bastaba el hecho sólo que acababa de quebrar violentamente el lazo secreto que la unía á Fortunato: por ella, por su porvenir, por el interés y el afecto profundo que la conservaba, habían chocado ambos y la discordia estallado, y estaba ahí herida, vendada la frente y el corazón sangrando. ¡Pobre Jerónima! Sintió la joven deseo de besar á la triste vencida, y se inclinó sin ruido. Quedaban selladas las paces.

La fatiga la entornó los ojos al cabo, y se adormeció también. ¡Qué noche! Con frecuencia se irguió asustada por los bramidos del pampero y al respiración de misia Jeromita. A las cuatro de la mañana (distintamente las anunció el reloj del comedor) se oyó en la calle el tropel de los lecheros, que pasaban canturreando con desapacible monotona, y chirriar las ruedas de las carretas perezosas, y transcurrió buen espacio aún, una hora larguísima, antes que clarearan las rendijas de ambas ventanas y sonara el cascabeleo del primer tranvía. Cantó luego el gallo alegre, y poco á poco los diversos ruidos de la vida exterior se hicieron notar; la luz pálida del alba, más intensa, amortiguó á la del gas, á pesar de las barreras que la rechazaban. Un chico voceó *La Opinión* una, dos tres veces. Era el nuevo día. ¡Gracias á Dios!

Pantaleona, cuidadosamente, entreabrió un postigo. ¡Qué sol! ¡Qué palido brillaba en medio de los estragos de la pasada borrasca! El molino de Biñmen, rotas las aspas, aparecía como gigante á quiebra el huracán cercenara la orgullosa cabeza; los árboles con las ramas tronchadas, los eucaliptus, los pinos, magnolias y araucarias lloraban aún del maltrato y crueldad de su enemigo, soltando lágrimas innumerables á la menor sacudida del aire..... En el jardincito, las plantas abatidas se humillaban en el lodazal; un seibo, gala de las islas paranaenses, tenía partido el tronco y se doblaba en dos con doloroso desmayo; delante de la puerta podía reconocerse la huella del cuerpo del ángel malo, donde le derribó la mano vengadora de Pantaleona. Esta cerró ap

pronto, espantada de que el otro quisiera volver á reanudar la batalla, porque en la casa estaba y forzosamente había de tropezársele apenas saliera. La nueva luz no le traía el alivio y el consuelo que ella creía.

Cerró, pues, preocupada y temerosa, y se dirigía á su sitial de enfermera cuando llamaron á la puerta por el lado del jardín. ¿El? ¿Sería él? No contestó Pantaleona, y llamaron de nuevo. Ya misia Jeromita se había incorporado, y limpia de fiebre, al parecer, interrogaba á la muchacha con los ojos. Pantaleona dió un paso.

—¡No abras—ordenó la señora,—no abras!

—¿Y si no fuera él?—preguntó indecisa la joven.

Deliberaron. Antes de abrir miraría por la rendija; si era él, aunque mostrara el arrepentimiento mayor del mundo y gastara toda la miel de su zalamera perfidia, no le daría entrada; le diría que nones, de orden de ella, de Jerónima; y si pretendía forzar la puerta pediría auxilio por la ventana. El último escándalo, el último, ya que él se empeñaba en provocarlo. Fué Pantaleona y miró recelosa.

—¡Si es Aurora!—dijo alegremente.

Dejó paso á la mulata, que entró desgreñada y sin lavarse aún, trayendo el mate cebado para misia Jeromita y en una bandeja la taza de chocolate para la niña; el desayuno del señor hubo de llevarlo á la cocina, «porque estaba el señor encerrado y no contestaba, lo mismo que si estuviera muerto.»

—Estará durmiendo—apuntó la joven.

—¡Qué ha de estar durmiendo!

—Pues se habrá ido de paseo.....

—¿Por dónde ha de haber salido, si la llave la guarda la señora?

Misia Jeromita, más amarilla que un cirio, echó una ojeada á la mesa de noche, donde aparecía la enorme llave del portón. Pantaleona la observó también y se pasmó.

—Pongo mis manos en el fuego que algo le ha suce-

didó—añadió Aurora—y si por mí fuera llamba al cerrajero enseguida.

Reparó que estaba vendada la señora, y alzó el grito lamentándose del accidente. También ella dió una costalada en el patio y casi se desnucó. ¡Bueno lo había dejado todo la inundación! En la cocina tuvo que sacar el agua con baldes, y se pasó la noche en blanco para evitar que se anegara su cuarto; el cielo raso del comedor se había desprendido, y colgando estaba una mitad y la otra mitad de la arpillera á punto de caer también; habían muerto ahogados tres conejos, dos gallinas, una de ellas la pintada cenicienta, que ya ponía la pobre, y un pato, el abuelo... ¡Qué dolor! Era preciso llamar á los albañiles, porque con otra tormenta igual se derrumbaba la casa.

Misia Jeromita se apretaba con ambas manos las sienes del escozor de la herida ó del más hondo que la causaban tantas malas noticias juntas, rechazó el mate que la mulata, irrespetuosamente, llevó á sus labios para arrancarle una sabrosa chupada, y llamó á Pantaleona, á quien, bajito, consultó ansiosa... ¿Había oído? No lo referente á los perjuicios de la noche última, que eso, lamentable como era y seguro motivo en cualquier otra ocasión de grandísimo disgusto por los gastos que demandaba, no merecía la pena ahora de tomarse en cuenta, sino aquello de la encerrona misteriosa del otro; encerrado estaba, sin sombra de duda, porque á la calle no pudo salir. ¿Dormido? ¿Cómo no respondía al llamamiento de la criada? ¿Muerto? ¿Suicida acaso?

—¡Qué disparates los tuyos, Jerónima!—la sermoneaba la joven al oído.—¡El suicidarse! No le dará tan fuerte atribuye más bien al Jerez, á los restos de la botellita de anoche, su sueño de plomo; porque anoche estaba *en triquis*, apestaba á vino, y esto excusa, si hay excusa para lo que ha hecho, la escena en que te dió buena muestra de su cariño. Déjale que duerma á pierna suelta: así nos libramos de alguna nueva acometida si le viniera la gana de in-

testarla; contra dos mujeres indefensas todo cobarde es valiente y mira, yo no sé si me sentiría hoy con fuerzas de repetir el guantazo que le di anoche con tu permiso. Quieta, pues, por lo menos hasta que venga Nepomuceno, que supongo sabrá arreglarlo todo á satisfacción general. Si quieres, te dejaré encerradita con llave, para mayor seguridad tuya y tranquilidad mía.

—¡Ay, sí, sí! —Lloró la señora, — ¡y te la llevas, Leona; tengo miedo, me inspira horrible miedo, á qué extremo hemos llegado!

Las chupadas de las mulatas advirtieron que no debían prolongar el secreto delante de testigo semejante, y la ordenaron que dejara entrar al sol, que asomó tristón, con mal humor, sin duda, de que le obligasen á dar luz á la desolada alcoba.

Bajo la venda, señal evidente de su infortunio, misia Jeromita seguía llorando. Acercose Pantaleona para levantar el improvisado apósito, y ella, que la contemplaba tan flaca y ojerosa, experimentó nueva tortura, mayor dolor del que hasta entonces sintiera; recostando la cabeza sobre su hombro, murmuraba angustiosamente:

—¿De veras que me perdonas? ¡Leona, hijita mía! no tardes. ¡Llévate la llave! ¡Lo tengo miedo, horrible miedo!

VIII

Es creencia vulgar que en los cuentos, novelas y toda clase de bonitas patrañas compuestas para distraer el ocio, la casualidad ha de tener grande parte, ayudando al autor de manera que éste deja que vaya ella tejiendo la trama y la desenrede luego, y obstáculo que encuentre, á ella acude, que le remedia al punto; más, si esto en cosas de imaginación suele ser verdadero, en la vida real pasa como indiscutible y repetido accidente, porque la susodicha casualidad, libre de las impertinencias de autorcillos caprichosos, dispone de los destinos humanos á su antojo y los enmaraña, corta, anuda, enlaza ó separa, sin que valgan las leyes del arte ó de la razón, que en cierto modo gobiernan las novelas y comedias. No se atribuya, pues, á intervención mía en los sucesos de que soy torpe cronista, el que Pantaleona se encontrara con Jorgito Cadenas al subir al tranvía, aquella mañana que fué, por encargo de la acongojada misia Jeromita, en busca de D. Juan Nepomuceno para que enderezara lo que los amores florentinos habían torcido tan miserablemente; era el tranvía el de las diez, el mismo que conducía á Jorgito todos los días laborables á la ciudad, y así se dió de narices con él, que fumando iba en la plataforma.

Cualquiera sabe el género de sentimientos que alimen-